

El ensayo latinoamericano entre la forma de la moral y la moral de la forma

Liliana Weinberg

Universidad Nacional Autónoma de México
losmawe@prodigy.net.mx
México

Resumen: Se presenta un panorama de las distintas manifestaciones del ensayo escrito en el ámbito latinoamericano de las últimas décadas del siglo XX, y se considera que ha seguido un proceso por el que el género pasa de una etapa de normalización que identificamos como "tierra firme" a una etapa de fuertes cambios y transformaciones que nos llevan a hablar de "un género sin orillas". Se propone una interpretación de conjunto de sus principales tendencias, entre esos dos extremos que reconocemos como forma de la moral y moral de la forma y entre esos dos quehaceres que, retomando una distinción hecha por Ricardo Piglia, denominamos el pensar y el decir.

Palabras claves: Ensayo, América Latina, cultura, forma de la moral, moral de la forma.

Title and subtitle: The Latin American essay between the form of moral and the moral of form.

Abstract: Presented here is a panorama of the different manifestations of the essay written in the Latin American context during the last decades of the 20th Century, and also considered is that it has followed a process by which the genre passes from a stage of normalization that we identify as "solid ground" to a stage of great changes and transformations that allow us to talk about a "genre without shores". We propose an interpretation composed of its principal tendencies, and among those, two extremes that we recognize as the form of the moral, and the moral of the form and between those tasks that, utilizing a distinction made by Ricardo Piglia, we name thinking and saying.

Key words: essay, Latin America, culture, form of moral, moral of form.

Del ensayo en tierra firme al género sin orillas

Hasta mediados del siglo XX existía en el ámbito cultural latinoamericano un cierto equilibrio entre la posición del intelectual, el sistema escolar, la producción editorial, un modelo de crecimiento económico y participación política: en suma, un pacto implícito de representatividad entre el ensayista, los temas, el público, el mundo del libro y su articulación con otras esferas del quehacer social. El ensayo mismo ocupaba un puesto clave como enlace y articulación entre el campo literario y el campo intelectual, tal como lo demostraban sus dos formas preponderantes: el ensayo literario y el ensayo de interpretación. Sin embargo, y paradójicamente, apenas alcanzado ese estado de normalización, pronto el panorama comenzó a cambiar de manera radical.

En efecto, muchos son los cambios que ha sufrido el ensayo latinoamericano en lo que va de un siglo, a partir de ese momento de normalización del género que por mi parte he propuesto llamar el "ensayo en tierra firme" con el objeto de caracterizar ese momento de equilibrio, que es a la vez un momento clave para la consolidación del género en América Latina, y que puede situarse en la primera mitad del siglo XX, muy particularmente en los años cuarenta. Se trata de una gran época representada —entre muchas otras— por figuras como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, animadores de la fundamental serie "Tierra Firme", organizada desde México por el Fondo de Cultura Económica y que permitió reunir algunos de los nombres y obras más representativos del género en nuestro ámbito cultural, en un momento en que además se estaban escribiendo los grandes ensayos de interpretación latinoamericanos (Weinberg, L., 2006^a: 291-321). Es a la luz de ese proceso de normalización como debe entenderse, por ejemplo, el vigor que tuvo la tan recordada definición que nos brinda el propio Reyes del género como "ese centauro de los géneros", al que presagia larga vida en la producción literaria del continente (Reyes, 1959: 400-403).

El ensayo ha dado muestras de una creciente vitalidad e importancia como miembro destacado de la familia de los géneros en América Latina. Ha dado muestras también de una serie de sorprendentes transformaciones que responden a los desafíos de la hora, a las nuevas demandas temáticas y formales, a las transformaciones en la familia de la prosa de ideas, así como también en los nuevos fenómenos de autoría, lectura y edición que vive el campo de las letras. De allí que me sienta inclinada a referirme a este nuevo momento que vive el ensayo como el que corresponde a un "género sin orillas", inspirada, claro está, en las palabras de Juan José Saer en *El río sin orillas*: "(...) y tendemos a representárnoslo sin forma precisa(...). Esa impresión viene de la experiencia directa, cuando estamos contemplándolo, porque sus límites se confunden con la línea circular del horizonte(...)" (Weinberg, L., 2006 b: 6-14).

La propia apertura y dinámica del ensayo, su flexibilidad y la permanente posibilidad que establece de tender puentes entre la escritura del yo y la interpretación del mundo, entre la situación concreta del autor y la inscripción de esa experiencia en un horizonte más amplio de sentido, entre la filiación y la afiliación del escritor, han permitido que el género responda a las cambiantes demandas de los tiempos y espacios sociales y confirme su sorprendente dinámica así como su necesaria inclusión de la experiencia del lector y la comunidad hermenéutica¹. Por otra parte, el ensayo es campo de despliegue que permite representar esa toma de distancia interpretativa y crítica que acompaña el paso entre

¹ Tomo este término de Walter Mignolo. Considero de interés recordar la distinción que establece Walter Mignolo entre los distintos tipos de ensayo: en primer lugar, el ensayo "hermenéutico", que se origina con Montaigne —centrado en la experiencia de un sujeto universal, que se piensa como representativo de la condición humana toda—. En segundo término, el ensayo "epistemológico", apoyado en un sujeto del saber —la línea abierta— por Bacon, Locke, Berkeley, más ligada al tratado filosófico. Y por fin, el ensayo "ideológico", centrado en un sujeto que asume francamente una postura de crítica de las costumbres, que tiene como uno de sus más grandes representantes a Voltaire, y ha sido en su opinión el que demostró un particular desarrollo en América Latina. Mignolo afirma también que el ensayo presenta mayor afinidad con los marcos discursivos de la prosa expositivo-argumentativa que con los que corresponden al tipo descriptivo-narrativo. (Véase Mignolo, 1984: 53, también Mignolo, 1986).

DOSSIER

filiación y afiliación por parte de un autor, a la vez que el diálogo y aun construcción de una comunidad crítica de lectura². Dicho de otro modo, dado que el ensayo incorpora en su propia textura distintos niveles de análisis, permite a la vez consignar una experiencia y, por así decirlo, ascender a otro "escalón" o mirador que lo habilite para tomar distancia crítica e interpretar esa experiencia, de manera tal que puede poner en perspectiva una situación concreta y subjetiva y entenderla, inscribirla de manera más amplia en un sentido general. Todos estos elementos hacen del ensayo una forma clave, una herramienta fundamental en el quehacer creativo y reflexivo propio del ámbito cultural latinoamericano.

Pasemos ahora breve revista a algunos de esos cambios, favorecidos, como ya se dijo, por la propia dinámica que es característica del género:

- *Tiempo y espacio*. Las propias demandas de transformación del modelo centrado en los ejes de historia, cultura y sociedad, que fue definitorio y característico para el ensayo "en tierra firme", se traducen hoy en una mayor integración de cuestiones vinculadas a la memoria, la autobiografía, el testimonio, el cuerpo y un nuevo sentido de dinámica identitaria, que abre incluso las fronteras del género. Se dan nuevas formas de enlace entre el *entender* y el *narrar* la experiencia: a través de temas de particular interés en nuestros días tales como los de memoria y archivo, el ensayo se encuentra con el quehacer de otros géneros, como la novela. Por una parte, y a despecho de las grandes diferencias que pudieran existir, el ensayo se insertaba como un componente fundamental de proyectos de escritores e intelectuales que, desde empresas culturales de tan diverso signo como *Cuadernos Americanos* en México o *Sur* en Argentina, coincidían de todos modos en un quehacer de "tierra firme" ligado de una u otra manera a esa etapa que autores como Huyssens denominan "la alta modernidad" (2002). Ese proyecto tenía como ejes la confianza en la razón y la apoyatura en el eje histórico como forma de comprensión del mundo. En lo que sigue nos asomaremos a los cambios radicales en esta situación de que el ensayo es al mismo tiempo *juez y parte*, intérprete y protagonista.

- *Entre el mostrar y el decir*. Se evidencia el paso entre aquello que acertadamente Ricardo Piglia denomina el *mostrar* y el *decir*, esto es, se descubre un notorio desplazamiento del énfasis en aspectos referenciales y de contenido a aquellos aspectos que revisten nuevos desafíos para esa *poética del pensar* que traduce todo ensayo, y a nuevas cotas de complejidad en la elaboración intelectual y artística. Durante muchos años el ensayo latinoamericano cumplió predominantemente la función de *mostrar*, señalar, apuntar a problemas del contexto, en una amplia gama que iba de la didáctica a la denuncia, y que tenía en muchos casos la función predominante de indicar y diagnosticar las notas características y los problemas de una realidad social y cultural a transformar. Sin embargo, en los últimos años avanza el escepticismo respecto de las posibilidades de seguir aplicando los modelos de interpretación y diagnóstico que fueron por muchos años característicos

² La tan útil distinción entre filiación y afiliación proviene de Edward Said (1984), quien recupera en toda su vitalidad las ideas de Lukács, en cuanto ve en el ensayo una de las más altas y logradas manifestaciones de la crítica, que permite establecer una distancia entre la conciencia y ese mundo respecto del cual para otros sólo ha habido "conformidad y pertenencia". La crítica, dice Said, "siempre está situada, es escéptica, secular, reflexivamente abierta a sus fallas y errores".

del ensayo en la región, y esto por varias razones. Por una parte, la expansión de las ciencias sociales, así como, más recientemente, de los estudios culturales y postcoloniales, que adoptan en su producción la forma del ensayo. Por otra parte, la fuerte transformación en la propia idea de sujeto y autoría, a la que se suman cuestiones como la "autoetnografía" y la posibilidad de someter a crítica el papel del ensayista-intérprete. Por fin, las transformaciones en el campo de la literatura misma, que se traducen en nuevos problemas de límites y fronteras entre géneros y formas del enunciado, además de los crecientes cruces discursivos, que se dan por supuesto no sólo en nuestro ámbito cultural sino en otras partes del mundo.

-*De las fronteras a los umbrales.* En los últimos años se manifiesta también una alteración de las jerarquías tradicionales en la relación del ensayo con otros tipos discursivos y formas textuales: ficción, poesía, crónica, autobiografía. Buena muestra de ello son los crecientes cruces entre ficción y ensayo (pensemos en Borges y Piglia), o, para tomar el ejemplo de dos autores europeos que han tenido una gran recepción en América Latina, las notables transformaciones que muestra el género en la pluma de Claudio Magris y John Berger. Por otra parte, la aproximación entre discurso filosófico y discurso ensayístico, propiciada por zonas en común, tales como un creciente interés por cuestiones éticas, se manifiesta de manera magistral en autores como el gran ensayista hispano-mexicano Tomás Segovia. Son también llamativos los cruces que se evidencian también en la exploración de cuestiones límite entre literatura, plástica, música.

-*Escribir y editar.* En nuestros días se reabre también el *libro* de ensayo. Hace ya muchos siglos Montaigne declaraba "vamos de la mano mi libro y yo", y hacía del libro un espacio íntimo a la vez que público, un cuadro y una ventana, una posibilidad de llevar a cabo el retrato de sí y el retrato del mundo, un escenario para la representación de la experiencia así como para la toma de distancia necesaria para explicarla. Han pasado los años y el ensayo se inserta en el mundo social y editorial, de tal modo que hoy se vive como nunca antes una apertura no sólo de la instancia del autor sino también del libro: la creciente atención prestada a la relación entre texto y contexto, pero también entre el momento de escribir un ensayo y editar un ensayo, así como la posibilidad de rastrear la relación entre el texto y los procesos de lectura. Por mi parte, a la luz de autores como Borges, por ejemplo, me he llegado a preguntar hasta qué punto un ensayo no resulta ser la escritura de una lectura o la lectura de muchas escrituras.

-*Ensayo y espacio público.* El ensayo formaba parte de un espacio público de discusión consolidado y era escenario de una experiencia intelectual y estética compartida. El espacio de la literatura se producía en un continuo que tenía incluso que ver con ámbitos como las bibliotecas públicas y privadas, las librerías y casas editoriales, e incluso con otros espacios culturales en apariencia tan alejados como el museo o la sala de conciertos. Había formas de debate y divulgación funcionales para el momento, que actualmente van quedando desmanteladas. Hoy se asiste a un repliegue de esos espacios y de los ritmos de lectura y de escucha que los acompañaban, a la vez que una expansión de otros territorios: nuevas formas de articulación de lo privado y lo público, como se evidencia en la expansión de los espacios virtuales, *glocales*, donde lo social se vive como individual y la experiencia privada se vive como parte de una red indeterminada.

DOSSIER

-*Texto cerrado y fenómeno abierto.* A todos estos casos podemos añadir otros fenómenos sorprendentes, como la creciente alteración de convenciones referenciales tradicionales. El ensayo no puede sustraerse, por ejemplo, al problema de la imagen, de tal modo que las propias cuestiones de éfrasis que se suscitaban hace algunos años en los más sofisticados ejemplos de asomo del ensayo a la forma artística y crítica de arte, deben ahora también reabrirse, en vistas además al surgimiento de nuevos fenómenos de hipertextualidad propios de la era de la internet y nuevas exploraciones de los límites entre texto cerrado y texto abierto. Las exposiciones que se dedican al "libro-objeto" llevan hasta el límite nuevas formas de vinculación con la obra cerrada y editada, a la que reabren y aproximan ahora a nuevas relaciones, e incluso colocan en nuevos contextos de intervención y acontecimiento cultural. El ensayo no puede sustraerse a la proliferación de nuevos experimentos formales: al repensar los procesos de edición en su nueva dinámica, y al integrar los distintos avances tecnológicos como nuevas formas de "soporte" de la palabra que alteran no sólo los canales tradicionales de circulación y difusión de los textos sino también los fenómenos de producción y recepción, el libro tradicional, y con éste el ensayo, se abren a nuevas dimensiones, como las que está explorando hoy en México, particularmente para el caso de la narrativa, Mario Bellatin.

-*Intransitividad y transitividad.* El ensayo ejerce también crecientes funciones de mediación cultural, en dos sentidos aparentemente contradictorios. Por una parte, en su carácter de prosa artística mediadora entre otras formas en prosa (ya que su propia organización textual incluye otras muchas formas discursivas), el ensayo resulta clave como forma de articulación de las distintas manifestaciones de la prosa y la literatura de ideas. Pero a la vez, en su posibilidad de acercarse a fenómenos propios de formas intermedias, el ensayo ocupa nuevas zonas del discurso social. Como muy bien lo anotó Juan José Saer en ese texto fundamental que es "La cuestión de la prosa", el ensayo se encuentra actualmente atravesado por dos fuerzas opuestas: por una parte, su vocación como prosa artística de altos vuelos, con demandas específicas de lectura y vínculo con una compleja y rica tradición literaria sólo comprensible por parte de una comunidad hermenéutica de buenos entendedores, y por la otra su apertura a la divulgación y las crecientes influencias de nuevas formas de prosaísmo y pragmatismo: esa "especie de concepción económica de la prosa" según la cual, como dice Saer, ésta será más económica y rentable cuanto mayor sea la cantidad de sentido que suministre y la rapidez que con que sea capaz de transmitirlo al lector.

-*Ensayo y escritura.* Ensayos como los de Saer nos abren precisamente a otra dimensión fundamental del ensayo: la de la escritura. En efecto, en el propio trabajo de Saer, la presentación histórica y razonada del problema, que marca la denuncia de la marcha inexorable de los poderes del Estado y del mercado, apoderados ambos de la prosa a la que imparten sus dictados, entra en tensión con la ruptura de esa misma temporalidad y ese mismo orden, con el asomo a momentos de transgresión, de liberación de la prosa, gracias a su recuperación mediante el quehacer del creador, tocado por momentos líricos y narrativos (Saer, 1999: 55-61). De allí que las tradicionales duplas suscitadas a partir del formalismo para entender la obra literaria, a saber, opacidad-transparencia, monumento-documento, intransitividad-transitividad, descripción-inscripción, deban enfrentar como nunca antes impensados y más altos desafíos.

-*Ensayo y lenguaje*. Por fin, si ya desde hace muchos siglos, en el momento de su consolidación genérica, el ensayo entró en diálogo con las lenguas naturales mismas, y se puso así en evidencia que uno de los grandes protagonistas del ensayo es el propio lenguaje, hoy no podía sino confirmarse este fenómeno de una manera cada vez más pronunciada. El ensayo es una experiencia de lenguaje y de participación en el sentido. Y si la lengua es —como dice el ya citado Tomás Segovia— la institución social por excelencia, comprenderemos hasta qué punto la creciente preocupación del ensayo por abrirse a la experiencia del lenguaje nos podrá conducir a nuevos e impensados rumbos para un género en plena vitalidad, siempre preocupado por explorar y ampliar los límites de *lo visible, lo decible, lo inteligible*.

Un diálogo entre dos siglos³

Quiso el destino editorial que precisamente en el momento de umbral entre dos siglos quedara registrado un sintomático diálogo entre dos grandes de la literatura latinoamericana. En efecto, en el mes de mayo del 2001, y en el suplemento cultural *Babelia* del periódico español *El País*, se publicó la transcripción de un diálogo virtual entre dos escritores latinoamericanos fundamentales: Ricardo Piglia y Roberto Bolaño,⁴ argentino el primero y chileno el segundo, aunque residentes en ese momento el uno en los Estados Unidos y el otro en España, quienes se comunicaban a través del correo electrónico. No deja de resultar sorprendente y significativa esa posibilidad de encuentro entre lectores correspondientes a todo el ámbito hispanoamericano con un escritor argentino y otro chileno que, desde países que saludan su talento y que no son los suyos, mantienen un diálogo virtual publicado por un periódico español en torno de temas tales como la literatura latinoamericana y los problemas de identidad.

El diálogo virtual se abre con una primera observación de Piglia: "para escapar, a veces es preciso cambiar de lengua", a la que Bolaño añade el siguiente comentario:

Tengo la impresión de que en los últimos veinte años, desde mediados de los setenta hasta principios de los noventa y por supuesto durante la nefasta década de los ochenta, este deseo es algo presente en algunos escritores latinoamericanos y que expresa básicamente no una ambición literaria sino un estado espiritual de camino clausurado. Hemos llegado al final del camino (en calidad de lectores, y esto es necesario recalcarlo) y ante nosotros (en calidad de escritores) se abre un abismo.

Prosigue Piglia a su vez con estas palabras:

Cambiar de lengua es siempre una ilusión secreta y, a veces, no es preciso moverse del propio idioma. Intentamos escribir en una lengua privada y tal vez ése es el abismo al que aludes: el borde, el filo, después del cual está el vacío. Me parece que tenemos presente este desafío

³ En lo que sigue retomo, de manera bastante modificada y ampliada, mi trabajo "Ensayo e identidad. Dos términos en correlación". (Weinberg, L., 2004: 21-50).

⁴ Se trata de la transcripción del diálogo virtual entre los dos escritores publicada bajo el título "Extranjeros del Cono Sur: conversación entre Ricardo Piglia y Roberto Bolaño", por el suplemento *Babelia*, de *El País* (Madrid), n. 484 (3 de mayo de 2001), periódico que circula ampliamente no sólo en España sino en América Latina.

DOSSIER

como un modo de zafarse de la repetición del estereotipo. Por otro lado, no sé si la situación que describes pertenece exclusivamente a los escritores llamados latinoamericanos. Tal vez en esto estamos más cerca de otras tentativas y de otros estilos no necesariamente latinoamericanos, moviéndonos por otros territorios. Porque lo que suele llamarse latinoamericano se define por una suerte de antiintelectualismo, que tiende a simplificarlo todo y a lo que muchos de nosotros nos resistimos.

En unas cuantas líneas se nos ofrecen ya varios elementos fundamentales. El primero tiene que ver con la forma misma del decir y del intercambio de ideas. Estamos asistiendo a una nueva y sorprendente forma de diálogo, que no obedece a los tiempos ni los formatos de una conversación tradicional: cada uno de los escritores retoma en su oportunidad lo dicho por su colega y lo inserta en su propia reflexión; antes que un juego de afirmación, réplica y contrarréplica estamos presenciando al crecimiento errante de una reflexión. El segundo tiene que ver con lo dicho, ya que entre otras cosas se desarticula y rearticula la relación lengua-territorio-escritura: por una parte, es posible cambiar de lengua (no existe ya una identidad estrecha entre lengua, literatura, identidad); por la otra, el lenguaje del escritor no se identifica necesariamente con el "idioma" de una nación o una región, sino con el ámbito secreto de la situación personal y la experiencia creativa. Se reconfigura además el campo o espectro literario, en cuanto algunos escritores se aproximan por la escritura a otras experiencias y estilos no latinoamericanos. Por último, se plantea una fuerte crítica a la reducción de lo latinoamericano al antiintelectualismo (pensemos, por ejemplo, en algunas interpretaciones de lo real maravilloso). El territorio de un escritor es antes el metafórico lugar de la lengua que el no menos metafórico lugar del origen, pero aun cuando este territorio resulte íntimo y en apariencia necesario, se puede salir de él en busca de nuevas experiencias, de nuevos modos de decir (y no sólo pienso en las lenguas naturales, sino también en los lenguajes especializados que hoy manejan las ciencias y la tecnología).

El diálogo prosigue en estos términos:

Me parece —dice Piglia— que se están formando nuevas constelaciones y que son esas constelaciones lo que vemos desde nuestro laboratorio cuando enfocamos el telescopio hacia la noche estrellada. Entonces, ¿seguimos siendo latinoamericanos? ¿Cómo ves ese asunto?

Responde Bolaño:

Sí, para nuestra desgracia, creo que seguimos siendo latinoamericanos. Es probable, y esto lo digo con tristeza, que el asumirse como latinoamericano obedezca a las mismas leyes que en la época de las guerras de independencia. Por un lado es una opción claramente política y, por el otro, una opción claramente económica.

Comenta Piglia:

Estoy de acuerdo en que definirse como latinoamericano (y lo hacemos pocas veces, ¿no es verdad?; más bien estamos ahí) supone antes que nada una opción política, una aspiración de unidad que se ha tramado con la historia y todos vivimos y también luchamos en esa tradición. Pero a la vez nosotros (y este plural es bien singular) tendemos, creo, a borrar las huellas y a no estar fijos en ningún lugar.

Transcribo estas palabras porque considero que dan cuenta de la preocupación de muchos artistas e intelectuales ante los cambios que atraviesa el quehacer literario en nuestra región: las transformaciones en los procesos editoriales, la movilidad de los hombres de letras, las nuevas vías de diálogo y publicación de ideas, las nuevas formas de reflexión sobre procesos que sólo admiten hoy intuiciones lúcidas, fragmentadas, y que no asumen las viejas formas de representatividad en temas y discursos. Más aún, como veremos, las tradicionales constantes del discurso identitario se encuentran hoy sometidas a revisión, cuando no puestas incluso en duda. Crisis también, anoto, de las instituciones en las que se inscribe todo discurso.

Si volvemos al encuentro virtual arriba citado, descubriremos cómo, a través de esta ruptura crítica, a la vez seria e irreverente, con el modelo identitario y sus elementos canónicos, se pone en evidencia nada menos que la desarticulación del espacio ideológico de lo latinoamericano y su afirmación sólo en cuanto opción política y económica para implícitamente dejar de lado los aspectos relacionados con el orden de la cultura o los estilos culturales, la creación, las ideas o la reflexión filosófica. Negativa a definir la identidad latinoamericana a partir de lengua, cultura, territorio, historia, herencia. Disolución de la constelación del nosotros en favor del planeta secreto de un nuevo *yo*, el de cada escritor, el de cada experiencia, y negativa a afirmar lo latinoamericano por el arraigo en algún lugar, real o imaginario: dice Piglia que “tendemos a borrar las huellas y a no estar fijos en ningún lugar”; se trataría así de una nueva forma de “nomadismo”. “Hemos llegado al final del camino (en calidad de lectores, y esto es necesario recalcarlo) y ante nosotros (en calidad de escritores) se abre un abismo”.

La literatura latinoamericana de nuestros días no se identifica ya tan claramente con la situación geográfica, ni tampoco con la situación idiomática ni las convenciones genéricas, los formatos o las modalidades tecnológicas con que lo hacía en épocas anteriores a los setenta y ochenta, cuando los regímenes dictatoriales cambiaron el rumbo de nuestros pueblos y de nuestra intelectualidad. Muchos de nuestros grandes ensayistas escriben hoy desde distintos destinos y para una nueva comunidad imaginaria de destinatarios. Y algunas de las mejores piezas de ensayo no están ya necesariamente escritas por ensayistas propiamente dichos, sino por poetas (Derek Walcott) o novelistas (García Márquez o Juan José Saer), y revisten incluso formas novedosas.

Dimensiones del ensayo

Debo ahora, en los estrechos límites de un breve trabajo, presentar un tema infinito, y como acabo de mostrarlo, vasto y suficientemente complicado. En nuestros días, el ensayo se confirma, como lo presagió Reyes en “Las nuevas artes”, como uno de los principales géneros discursivos, y esto no sólo en América Latina sino en otras partes del mundo. Prosa no ficcional destinada a tratar todo tema como problema, a ofrecer nuevas maneras de ver las cosas, a reinterpretar distintas modalidades del mundo, a brindarnos, ya nuevas síntesis integradoras, ya exploraciones de frontera y de límite, cruces de lenguajes, en un estilo ya denso y profuso, ya ligero y lúdico, tal vez la única frontera que separe al ensayo de otras manifestaciones en apariencia afines —muchas de ellas hoy formas intermedias y

DOSSIER

multiformes— sea el ejercicio de responsabilidad que según Carlos Piera, se traduce en el hecho de poner una firma, un nombre que lo respalde (1991: 13-24) y reconduzca permanentemente, como dice Jean Terrasse, de la perspectiva personal del ensayista al mundo que se dedica a interpretar, y de éste a la interpretación por él ofrecida (1977). Hablar, como lo hace el español Piera, de la firma y la responsabilidad, elementos clave del ensayo, nos lleva a evocar a un grande del pensamiento, el estudioso ruso Mijail Bajtin —cuyas propuestas críticas han sido y siguen siendo fundamentales para América Latina—, quien asoció de manera fuerte ética y estética.

Ensayo de identidad

A pesar de las crecientes posturas críticas en torno a la cuestión de la identidad, muchos ensayistas regresan una y otra vez al tema, desde una posición más flexible o escéptica. Hoy se habla de “narrar” o “imaginar” la identidad antes que de buscarla.

Las nuevas realidades que vive de manera tan acelerada América Latina —con la emergencia de nuevos movimientos, fuerzas sociales y estrategias discursivas, tanto por parte de sectores rurales como urbanos, el replanteo de la cuestión indígena, y el acelerado fenómeno de migración, en busca de trabajo, esta vez de América Latina a Europa, Estados Unidos, Canadá, Australia, Asia— se han sumado a la propia crisis del discurso ensayístico de identidad, que obedecía a un determinado modelo de nación y de región hoy rebasado por las nuevas realidades y los nuevos imaginarios. Más aún, pocos han advertido que el ensayo de identidad presenta en rigor una tensión de difícil resolución: ¿cómo pasar de la identidad nacional a la regional? Y si bien es posible seguir afirmando en muchos sentidos la existencia de la unidad de América Latina, antropólogos como Darcy Ribeiro han demostrado que no se trata de una América Latina, sino cuando menos de tres matrices culturales diversas, que nos llevarían a hablar, como lo hace Renato Ortiz, de “Américas Latinas”. Por otra parte, la propia situación económica y geopolítica de ese conjunto llamado América Latina ha cambiado radicalmente a partir de que, como dice Henri Favre, la decisión implícita de renegociar la deuda externa de manera nacional y no continental, y de integrarse a los grandes bloques económicos de manera también parcializada, estableció fronteras monetarias que quebraron la voluntad de integración regional y el ideal bolivariano y martiano (1998).

De la identidad como imagen apoyada en la metonimia se pasó a la identidad como metáfora. La noción de identidad no coincide ya ni con la región ni con la suma de entidades nacionales: se asocia con formaciones sociales locales, o con nuevas formas grupales, étnicas, genéricas, o aun profesionales de solidaridad. Así, desde aquel libro tan movilizador que ha sido *La jaula de la melancolía*, de Roger Bartra (1987), antropólogo mexicano profundamente conocedor de las corrientes posmodernas, hasta las reflexiones de los escritores citados en las primeras líneas de mi escrito, muchas cosas han cambiado.

Quiero recuperar aquí también esa tan productiva idea, arriba mencionada, del gran intelectual Edward Said, quien opone filiación a afiliación. “Filiación” es todo aquello que nos es dado por nacimiento, desde nuestra pertenencia a un género hasta nuestra nacionalidad, grupo familiar, credo etc. “Afiliación”, en cambio, corresponde a aquello que elegimos y a los nuevos nexos identitarios que un autor establece a partir de los propios textos: nuevas

formas de adscripción en cuanto intelectual, militante político, la asunción de una patria adoptiva, etc. Pienso que este elemento es clave para comprender el modo en que los intelectuales y ensayistas latinoamericanos han pensado su inserción en el mundo.

No se debe olvidar, por otra parte, que el propio autorreconocimiento de América Latina es relativamente reciente, ya que se debió verificar una ampliación de los límites y de las lenguas y culturas que la integran. Recordemos que cuando Germán Arciniegas escribió "Nuestra América es un ensayo", todavía la concepción predominante era la de "Nuestra América" como "Hispanoamérica". Poco a poco el concepto se expandió hasta abarcar no sólo el Brasil, el Caribe, el Canadá francófono, y más recientemente aún incorporar también el fenómeno de los hispanos en Estados Unidos y los exiliados latinoamericanos radicados en diversos países del mundo. Otro tanto ha sucedido al viejo modelo de la "patria criolla" que paulatinamente debió abrir compuertas a los procesos de mestizaje y al reconocimiento de la tradición indígena, la herencia africana y la inmigración asiática y europea, en un proceso que aún no concluye. Después de esa ampliación de horizontes y de la fractura idiomática que significó la adopción del inglés, el francés, el sueco y otras tantas lenguas en los latinoamericanos radicados por razones económicas o políticas en otros países, las bases del discurso identitario deben ser revisadas y repensadas de manera más dinámica y plástica.

Si bien en nuestros días es clara la crisis del concepto de identidad en la ensayística latinoamericana, quiero concluir esta sección con la mención del libro *Ariel y Arisbe: evolución y evaluación del concepto de América Latina en el siglo xx*, del matemático y ensayista colombiano Fernando Zalamea (2000), quien retoma la discusión en torno a la identidad en América Latina y propone superar esta vuelta que considera provinciana a lo local y lo inmediato en nuestra crisis de fin de siglo y, tras recuperar tanto la mejor tradición "universalista" latinoamericana con los lúcidos conceptos de Pedro Henríquez Ureña, Ángel Rama o Rafael Gutiérrez Girardot y sus propuestas de utopía, transculturación literaria y síntesis, plantea que, si bien se deben revisar críticamente los viejos enfoques esencialistas de la identidad, de raíz kantiana, no por ello se debe dejar de aspirar a un concepto sintético y relacional de la misma, amparado en las nociones de complejidad, redes relacionales, semiosis ilimitada y terceridad, sin temor a considerar fenómenos como los de hibridación (notablemente estudiados por Néstor García Canclini) ni cultura de la resistencia y sin enquistarse en una empecinada defensa de un localismo de sabor posmoderno:

En el caso de América Latina, la suma de "pintoresquismos", colores propios, rasgos autóctonos y particulares regionales es improcedente, ya que el desarrollo histórico y cultural de América Latina la ha ido conformando sistemáticamente como lugar de "enlaces" (...).

La riqueza que genera la plena conciencia de ubicarse en un "lugar" relacional es mucho mayor que la que puede generar la falsa tranquilidad de cobijarse en una "identidad esencial". Lo relacional es (...) lugar permanente de contrapunteo e hibridación en el que no se detiene el flujo de la cultura. Los quistes de lo "autóctono", que pretenderían contraponer originalidades "intrínsecas" a mediaciones "invasoras", cierran un espacio e impiden el vaivén de la cultura (...). Una de las mayores riquezas de la cultura latinoamericana, su cultura de la "resistencia", sólo puede ser comprendida simultáneamente con otra de sus grandes tradiciones: la tradición universalista. (Zalamea, 2000).

Ensayo de interpretación

Otra de las formas características del género en Latinoamérica es, como ya se anotó, el ensayo de interpretación, cuyo primer y muy ilustre antecedente puede encontrarse en el *Facundo* de Sarmiento, y que alcanzará su culminación en nuestro siglo con José Carlos Mariátegui y Ezequiel Martínez Estrada. Esta forma ha tenido grandes representantes a lo largo de los años, como *Casa grande e senzala* de Gilberto Freyre (1933) o *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* de Fernando Ortiz (1940) hasta *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz (1959) o *De la conquista a la independencia* de Mariano Picón-Salas (1965). El ensayo de interpretación busca descubrir los valores de la sociedad y las claves de la formación nacional a través de la correlación entre literatura, imaginario, historia y cultura. Nuestros grandes ensayos de interpretación son claros exponentes de uno de los más notable despliegues del racionalismo y el liberalismo en nuestra intelectualidad crítica, así como de su propio examen crítico. El ensayo de interpretación representó además el momento de crisis de la relación entre literatura y vida nacional a la vez que de reexamen del lugar social que ocupaba la intelectualidad latinoamericana. A través del espacio del ensayo nuestros hombres de letras desplegaron la posibilidad de señalar, explicar, interpretar y abrir a la discusión pública una serie de temas y problemas como una forma a su vez de poner a examen la capacidad de la propia inteligencia crítica para la interpretación del mundo.

Ensayos de compromiso y desenmascaramiento, constituyen una liga entre el ensayo identitario, el ensayo moral y el literario. Entre sus más recientes ejemplos, considero "La soledad de América", ese prodigioso texto que Gabriel García Márquez leyó en la recepción del Premio Nobel, uno de los representantes más intensos de este tipo de ensayo. Allí, y precisamente en torno a uno de los grandes tópicos del ensayo de interpretación, el de la "soledad", y con un juego de referencias cruzadas con su propia obra magna, García Márquez señala el encuentro de la más cruenta situación geopolítica y económica y la más liberadora de las potencialidades latinoamericanas: la creación artística.

El ensayo y la forma de la moral

En una inolvidable carta sobre la "Situación del intelectual latinoamericano" (1967), Julio Cortázar escribe a Roberto Fernández Retamar lo siguiente:

Acepto, entonces, considerarme un intelectual latinoamericano, pero mantengo una reserva: no es por serlo que diré lo que quiero decirte aquí. Si las circunstancias me sitúan en ese contexto y dentro de él debo hablar, prefiero que se entienda claramente que lo hago como *un ente moral, digamos lisa y llanamente como un hombre de buena fe* (1994: 32, las cursivas son mías).

La noción fundamental, que arranca con el propio Montaigne, del ensayo como un acto de buena fe, y su carácter eminentemente moral, es uno de los rasgos del ensayo que hoy vuelven a ponerse sobre el tapete, puesto que, por otra parte, es en torno de la moral, las instituciones, la ciudadanía, el espacio público y la crisis de los valores donde se encuentra uno de los mayores problemas del hombre latinoamericano y del hombre en general en nuestros días.

La forma de la moral: el ensayo, texto siempre ligado al mundo de los valores, se dedica ahora también a nuevos temas, como la crítica de las instituciones, de la democracia o del concepto de ciudadanía. Se debe tomar en cuenta que para muchos ensayistas la clave misma del ensayo sigue siendo la cuestión de la moral en el más generoso sentido del término, y que el ensayo no puede pensarse sin un nexo con la ética. No me refiero de ningún modo a la pura "moralina" o moral de parroquia, sino en el fondo generosamente moral de todo ensayo. Tal es el caso de los ensayistas que reflexionan en torno de las instituciones y la representatividad política, o de Carlos Fuentes, quien lo hace en torno de la relación entre ambas Américas (1992), además de los muchos escritores preocupados por temas como los derechos humanos, el concepto de ciudadanía etc. En el caso de ese gran escritor español y mexicano que es Tomás Segovia, uno de los principales representantes del gran ensayismo del siglo xx en América Latina, para quien una de las principales amenazas al pensamiento crítico es el inmediato proceso de *institucionalización* y *neutralización* a que da hoy lugar una sociedad en creciente proceso de *impersonalización* de muchos fenómenos.

En la "Honrada advertencia" a un reciente libro de ensayos, escribe Segovia:

Pienso que el mundo actual ha llegado a una situación verdaderamente enferma en las relaciones entre las instituciones sociales y lo social tal como se vive. Seguramente el aspecto más trágico, objetivamente, de esta cuestión es la brecha enorme (sin duda en todos los países hoy, pero en algunos de manera especialmente escandalosa) entre las instituciones "democráticas" y la democracia efectivamente vivida (2000: 9).

En la pluma de Segovia, el ensayo ha llegado a varios de los puntos de exploración más importantes: reflexión en torno al lenguaje y los procesos significativos, crítica de las costumbres y las instituciones, exploración de otros géneros y de otros lenguajes: poesía, pintura, música, crítica de la crítica y, muy particularmente, de las modas críticas, como el estructuralismo, así como recuperación de grandes revoluciones del pensamiento, como el romanticismo y su incorporación de la categoría de tiempo y de la noción de historia a la reflexión.

El ensayo y la moral de la forma

Si he hablado de la "forma de la moral", debo hablar también de la "moral de la forma", esto es, de la recuperación de los fueros literarios propiamente dichos para el ensayo. Considero que esta línea se consolida con la obra fundamental de dos grandes ensayistas latinoamericanos: Jorge Luis Borges y Octavio Paz, quienes forjaron universos literarios autosubsistentes, el uno apoyado en la ficción y el otro en la poesía. En efecto, a través de los ensayos de *Otras inquisiciones* (1960), Borges diseña un universo de ficción con su propia legalidad y reglas de autovalidación, a la vez que Octavio Paz, en *El arco y la lira* (1967), plantea una escritura sobre la escritura que se cierra sobre sí misma y se propone, desde su especificidad, como modelo de interpretación del mundo. A partir de esas dos exploraciones de punta, el ensayo como arte sobre el arte, como defensa de la moral de la forma, ha alcanzado grandes dimensiones en nuestro continente, a veces en la pluma de ensayistas "de tiempo completo", y otras en narradores y poetas que son también grandes ensayistas puntuales.

DOSSIER

El ensayo literario se ha fortalecido, y en muchos casos ha pasado del "didactismo" al "demonismo": de aquellos textos que se presentaban como modelos organizados, integradores, con afán totalizador, representativo y educativo, al ensayo "demoníaco", de exploración de zonas de frontera entre el discurso y el silencio, en muchos casos además en el ensayo escrito por creadores. Este ensayo se apoya en el descubrimiento de las regiones oscuras del sentido, en el desvío de la norma, en la afirmación de la no identidad, en el fragmento, en la sorpresa, en la ruptura: Salvador Elizondo escribe sobre el infierno (1992), como César Aira sobre el monstruo (2001).

Escribir se asocia a experiencias límite, secretas, inauditas, que pueden darse en esa región que el gran ensayista brasileño Antonio Cândido llama "los arrabales" de la crítica. No es casual que muchos de nuestros mejores ensayistas sean hoy muchos de nuestros mejores narradores.

Esto nos conduce a otro tema fundamental: ¿es el ensayo patrimonio de creadores o de críticos? Difícil es dar una respuesta ante la lectura de los ensayos de autores como el argentino Juan José Saer, en libros tan magníficos como *La narración objeto* y *El concepto de ficción*. Dentro de esta última obra encontramos, por ejemplo, "La selva espesa de lo real", donde Saer defiende los fueros de la literatura, y dice:

La tendencia de la crítica europea a considerar la literatura latinoamericana por lo que tiene de específicamente latinoamericano me parece una confusión y un peligro, porque parte de ideas preconcebidas sobre América Latina y contribuye a confinar a los escritores en el gueto de la latinoamericanidad (...). El nacionalismo y el colonialismo son así dos aspectos del mismo fenómeno (...). Tres peligros acechan a la literatura latinoamericana. El primero es el de presentarse *a priori* como latinoamericana (...). Lo que pueda haber de latinoamericano en [la obra de un escritor] debe ser secundario y venir "por añadidura". Su especificidad proviene, no del accidente geográfico de su nacimiento, sino de su trabajo como escritor (...). La pretendida especificidad nacional no es otra cosa que una especie de simulación, la persistencia de viejas máscaras irrazonables destinadas a preservar un *statu quo* ideológico. De todos los niveles que componen la realidad, el de la especificidad nacional es el que primero debe cuestionarse. (Saer, 1997)

Hay según este escritor otros dos riesgos: "el primero es el vitalismo, verdadera ideología de colonizados (...), que deduce de nuestro subdesarrollo económico una supuesta relación privilegiada con la naturaleza". En cuanto al segundo riesgo, que considera "consecuencia de nuestra miseria política y social", es "el voluntarismo, que considera la literatura como un instrumento inmediato del cambio social". Y concluye: "Todos los narradores viven en la misma patria: la espesa selva virgen de lo real".

Entre los muchos y grandes ejemplos de ensayo literario que es posible recoger en la región, he elegido éste porque constituye, de algún modo, la síntesis de la defensa de los fueros de la literatura. Y es también muestra de que, como lo anticipó Octavio Paz, creación y crítica se enlazan de manera inédita en la pluma del escritor contemporáneo. *Art happens*, el arte ocurre: estas palabras de Whistler que tanto gustaban a Borges pueden ser la consigna de una de las principales formas del ensayo de creación en América Latina, que explora los nuevos mundos y límites de la imaginación, los fueros literarios, con una riqueza inagotable. Sensible a la nueva forma de ver el mundo, Borges afirmó que cada libro y cada

experiencia literaria pueden convertirse en centro de un haz infinito de relaciones. De allí que el gran ensayo literario contemporáneo latinoamericano adopte en muchos casos la forma de una "botella al mar", de un discurso apoyado en experiencias de gran intensidad que intenta una posible síntesis que contiene a la vez, paradójicamente, la afirmación orgullosa de la peculiaridad y pretensiones de universalidad.

El ensayo y la crítica

El ensayo de crítica tiene, además de las figuras señeras de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña o Ezequiel Martínez Estrada, tres grandes pilares más cercanos a nosotros en el tiempo, muchísimos otros grandes representantes. Pienso por ejemplo en Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar y Antonio Candido, quienes ofrecieron algunas de las categorías más ricas para entender nuestro proceso intelectual. Rama acuñó el concepto de "ciudad letrada", Cornejo Polar propuso el de "heterogeneidad" y Cándido el de "sistema literario". Estos críticos aclimataron en los terrenos de la crítica literaria acercamientos de cuño antropológico, sociológico, político, como es el caso del empleo del concepto de "transculturación" acuñado por Gilberto Freyre por parte de Rama —precedido a su vez por Picón Salas— o de "subdesarrollo" por parte de Candido.

Son muchísimos más los críticos que en nuestros días han continuado con propuestas, si no tan abarcadoras, no menos aportativas, y que se reflejan en grandes proyectos literarios, editoriales, institucionales (Beatriz Sarlo, Margo Glantz, Silvia Molloy, Mabel Moraña, Rosalba Campra, Margit Frenk, Irlema Chiampi, o Antonio Alatorre, Martin Lienhard, Walter Mignolo, Noé Jitrik, Julio Ortega, Roberto Fernández Retamar, Roberto Schwarz y tantos otros grandes críticos).

Pero además de estas formas de crítica que podríamos denominar "diurnas", se encuentra un nuevo paisaje integrado por formas "nocturnas", "demoníacas", "de ruptura", que adoptan en muchos casos estrategias discursivas e interpretativas ligadas a críticos como Barthes, Blanchot, Deleuze, Lacan, Derrida, y tienen por función explorar zonas de frontera, lenguajes de punta, y enfatizar el carácter escritural del ensayo y su vivir entre libros. Tal es el caso del ensayista argentino Eduardo Grüner, quien en la obra que lleva el sintomático título de *Un género culpable*, dedicada a la práctica del ensayo, dice que "el ensayo (literario) es esto: identificar un lugar fallido, localizar un *error*" (1996: 14), y añade: "Inútil decir que la idea no es nueva: la hemos leído, desde ya, en Blanchot: todo escritor está atado a un error con el cual tiene un vínculo *particular* de intimidad. Todo arte se origina en un defecto excepcional, toda obra es la puesta en escena de esa *falta*". Y concluye: "El ensayo, pues: su diferencia con la 'ciencia literaria' es que no se propone, al menos *a priori*, restituir ningún origen —ni el Autor, ni el Código, ni el Sentido— ni tampoco anticipar ningún Destino, sino constituirse como testimonio de ese acontecimiento por medio de la escritura. Un ensayo es la escritura de la lectura de ese error, de ese 'acto fallido'" (16-17).

Vuelvo a mencionar aquí un ensayo reciente del narrador argentino César Aira, quien en el homenaje a *Moby Dick* ya citado hace de la figura del monstruo el detonante de su reflexión sobre la literatura.

El ensayo, entre la disciplina y la indisciplina

No menos significativo ha sido el desarrollo del ensayo desde las diversas disciplinas, puesto que muchos de nuestros grandes intelectuales trabajan hoy en distintas instituciones educativas y del ámbito cultural y publican sus propuestas en revistas especializadas o en periódicos. Por otra parte, escribir una ponencia es hoy en muchos casos una tarea linderada con la de hacer ensayo. La normalización del modelo del *paper* en ciencias sociales llevó, por una parte, a que buen número de representantes de la comunidad científica adoptara un modo de presentación de sus textos tal que el orden del discurso sea transparente y estandarizado para permitir, como en las ciencias duras, que el lector especializado pueda seguir el orden argumentativo. Por otra parte, la adopción del discurso del postestructuralismo y el desconstruccionismo dio como resultado la incorporación de nuevas formas "esotéricas" del decir. Finalmente, hubo también una reacción en favor del ensayo como forma artística.

El crecimiento exponencial del conocimiento, la llegada de nuevos datos y el contacto, vital o virtual, con nuevas realidades y experiencias, ha llevado a infinitos cruces, a ensayos intensivos de exploración de distintos temas, y que conviven con ensayos comprensivos y de conjunto. Cada vez resulta más difícil hacer exposiciones de conjunto basadas en el modelo histórico y cultural que comenzó a gestarse en el siglo XIX. Existen, sin embargo, algunos notables esfuerzos por no perder la visión de conjunto y por examinar la experiencia americana desde la dimensión histórica y cultural. Tal es el caso del mexicano Carlos Fuentes en su ya mencionado *El espejo enterrado* (1992), o el muy reciente de Gregorio Weinberg al hablar de *El libro en la cultura latinoamericana* (2006), que la muerte de su autor convirtió casi en una forma de herencia intelectual: una defensa no sólo del libro y la cultura sino también de la razón y la posibilidad de interpretación comprensiva y comprehensiva de los procesos de cambio que ella sigue representando.

Mestizajes y sincretismos

Los ensayos viven hoy en el ámbito editorial y académico, como viven también en las revistas, en diversas secciones culturales y de opinión de los periódicos, en el artículo o la página editorial, y viajan vía papel o vía internet. Se han mestizado con la prosa poética, la narrativa, el teatro, el discurso filosófico y el de las ciencias sociales en cuanto ofrecen la perspectiva del autor sobre el mundo. El discurso crítico, tan propio de nuestra época, reviste también en la mayoría de los casos la forma del ensayo. No debemos de ninguna manera confundirlo con la escritura obediente a los dictados del mercado o los medios de comunicación, ni aun con las formas más sutiles de las demandas editoriales. Sin embargo, el desafío es cada vez más fuerte, el mundo de la comunicación de masas se expande y entra en nuestros hogares, y dentro de él deben muchas veces encontrar los autores su libertad.

Insisto en que fenómenos en apariencia tan poco "literarios" como la emergencia de un nuevo concepto de trabajo, apoyado en la formación individual y en la negociación individual de la fuerza de trabajo, de carácter temporal y precario (ya que el repliegue del Estado benefactor y de las empresas públicas conduce a los individuos a un continuo "venderse" al mercado, como se muestra en *La caverna* de Saramago), insisto, fenómenos en apariencia

tan lejanos del mundo de la literatura, están de todos modos estrechamente ligados a ella. No menos decisivos son los nuevos fenómenos de edición, circulación, promoción del libro, o los nuevos fenómenos semióticos a que conducen los medios de comunicación masivos, que obligan a una continua desarticulación y rearticulación de los fenómenos de lectura y producción de textos.

Formación textual ligada siempre a su contexto, aun cuando esto no implique que la ligazón sea mecánica, el ensayo seguirá siempre desempeñando su misión de entender el mundo y ofrecer respuestas estéticas e imaginarias a los grandes problemas. Formación textual que enlaza lo particular y lo universal, la experiencia privada del escritor y su articulación con una comunidad de sentido, el ensayo no puede prescindir del contexto aunque tampoco podamos reducirlo mecánicamente a él.

El ingreso del discurso de las ciencias sociales y de los estudios culturales y poscoloniales, la normalización de la discusión filosófica y crítica, la mayor toma de conciencia de la lingüística y la semiótica, y un mayor vínculo con las nuevas teorías (feminismo, anticolonialismo etc.) alimentaron y enriquecieron la tradición ensayística. Así, el filósofo argentino-ecuatoriano Arturo Andrés Roig ha sido pionero en la vinculación entre filosofía del lenguaje y discurso nuestroamericano.

Ensayo y sociedad

En cuanto a los ensayos ligados a las ciencias sociales y dedicados desde ellas a pensar de manera abarcadora nuestra región, aunque capaces de confluir con la mejor tradición del ensayo latinoamericano, tomo como ejemplo el texto "América Latina: de la modernidad incompleta a la modernidad-mundo", del ya citado Renato Ortiz, profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Estadual de Campinas. En un texto espléndido, que fuera seleccionado por la revista venezolana *Nueva Sociedad* y que yo misma encontré vía internet, presentado bajo todas las reglas de este tipo de discurso (resumen, palabras clave, citas bibliográficas), hace un aporte interpretativo de gran valor sobre la historia de América Latina y su difícil e incompleto proceso de modernización, así como de la crisis del modelo que identificó proyectos nacionales y proyectos modernizadores.

En la línea de la gran ensayística latinoamericana, Ortiz hace una propuesta de periodización de nuestra historia cultural a partir de ciertos momentos nodales que permiten desde su perspectiva entender las dificultades de un proceso de modernización incompleto que hoy confluye con el nuevo fenómeno de la globalización o integración a una modernidad-mundo que no permitirá, de todas maneras, salvar los cuellos de botella de nuestra región, en la medida que implica, en todo caso, un acceso equívoco a la libre competencia y la pluralidad, a la que debería llamarse "jerarquizada".

El ensayista hace también una propuesta de interpretación de nuestra región, a la que denomina, como se mencionó más arriba, "Américas Latinas" (puesto que considera que la diversidad de tradiciones, procesos colonizadores etc. no permite que la encerremos en una entidad exclusiva). Su interpretación es además cuidadosa de marcar las diferencias con otras experiencias civilizatorias.

DOSSIER

Se refiere también a la ruptura con las metrópolis y "la constitución de un Estado y un sistema jurídico que restringió la participación política y económica a la élite dominante" (Ortiz, 2000: 3). Los intelectuales fundadores de las modernas naciones latinoamericanas identificaron proyectos de nación y proyecto de modernización y se debatieron entre los modelos europeo y norteamericano para lograrlo.

Llega por fin a plantear que en los países de la región "la modernidad es siempre un proyecto (en el sentido sartreano del término), una utopía, algo que pertenece al porvenir. Por eso, el modernismo latinoamericano se diferencia del europeo". Dado que en nuestro ámbito no se han dado muchos de los elementos de la modernidad, "el modernismo existe sin modernización" (8)⁵. Ortiz critica también la categoría de "posmodernidad" y su aplicación a fenómenos todavía incomprendidos.

Este impecable recorrido por el camino de América Latina hacia una modernización incompleta y un no menos incompleto proceso de "racionalización" a través de la revisión de los diversos cuellos de botella en los proyectos de educación y organización de instituciones del Estado desemboca en fenómenos cada vez más complejos y sectorizados, con la emergencia de nuevos patrones de sociabilidad y legitimidad cultural: "Las industrias culturales redefinen el panorama cultural latinoamericano". Y como todo gran ensayista, concluye por deslumbrarnos con su revisión de esos conceptos que Adorno denomina "preformados culturalmente" (y, puesto que su enlace institucional está dado por las ciencias sociales, en un manejo impecable de categorías de análisis de Weber, Bastide, Benjamin, así como de la tradición de pensamiento latinoamericana y de la historia de los procesos culturales de la región), y, más aún, por propiciar en nosotros, sus lectores, nuevas —y a veces más alarmantes— conclusiones. En efecto, mientras Ortiz plantea que en "américas latinas", y de acuerdo a las industrias culturales (que hoy compiten con la escuela, la familia y otras tradiciones) se ha dado una modernización con la racionalización en la gestión, la técnica, que instaura una "tradición de la modernidad" sin superación de las desigualdades y rezagos sociales, descubrimos que las grandes empresas, enlazadas con centros de poder extrarregionales, avanzan en una racionalización interna, pero no han contribuido a expandir el gran motor de la modernización legítima, que era la racionalidad.

Las palabras finales, que para nuestra tristeza no cabe sino compartir, dado además el desarrollo impecablemente racional de su análisis, son desgarradoras:

La globalización significa que la modernidad ya no se confina a las fronteras nacionales, sino que se vuelve modernidad-mundo. El vínculo entre nación y modernidad, por lo tanto, se escindirá. En este caso, las múltiples modernidades ya no serían sólo una versión historizada de una misma matriz, a ellas se agrega una tendencia integradora que desterritorializa ciertos *items*, para agruparlos en tanto unidades mundializadas. Las diferencias producidas nacionalmente están ahora en parte atravesadas por un mismo proceso. Por ejemplo, el surgimiento de identidades desterritorializadas (el universo del consumo) que escapan a las fronteras impuestas por las diferentes modernidades de cada lugar (12).

⁵ Estas reflexiones nos remiten a su vez a las ideas centrales de un ensayo fundamental de Roberto Schwarz. "Las ideas fuera de lugar" (1977).

Nuestra presente situación se inscribe en un mundo globalizado:

La autonomía que los Estados-nacionales latinoamericanos tenían (o imaginaban tener) en la consolidación de sus destinos colectivos ya no se sostiene más. Y eso sucede dentro de un cuadro inquietante, pues la modernidad-mundo se estructura a partir de diferencias y de desigualdades. Solamente un idealismo posmoderno puede imaginar la afirmación pura y simple de la diferencia como sinónimo de pluralidad y de democracia [...], se llega al final del siglo xx sin que haya sido posible revertir un cuadro de dominación ya establecido. La afirmación de las diferencias debe, por lo tanto, ser calificada, pues en el contexto de un mundo globalizado hay orden y jerarquía, y si algún pluralismo existe, deberíamos considerarlo como un "pluralismo jerarquizado" (13).

El ensayo y el nuevo mundo

Como ya se dijo al comienzo de este artículo, hacia mediados del siglo XX el ensayo había alcanzado un momento de normalización genérica y existía un cierto equilibrio entre la posición del intelectual, el sistema escolar, la producción editorial, un modelo de crecimiento económico y participación política que nos permitían hablar del "ensayo en tierra firme". Y sin embargo, paradójicamente, apenas alcanzado ese estado de equilibrio muy pronto el panorama comenzó a cambiar radicalmente y el ensayo se volvió "un género sin orillas": surgió una nueva forma discursiva, la de las ciencias sociales, que ocupó el espacio de la nueva academia pero también avanzó en terrenos ensayísticos. La crisis de la ciudadanía, de la democracia, la escuela, la producción editorial, dejaron a un selecto y solitario grupo de intelectuales sin un campo específico de sustentación. Sin embargo, las nuevas realidades y fenómenos demandaban nuevas interpretaciones, tanto o más imperiosas conforme el proceso de especialización académica volvía cada vez más difícil la posibilidad de entender los fenómenos en conjunto.

En suma, hablar de la situación del ensayo hispanoamericano en la frontera entre dos siglos nos conduce a una situación particularmente diversa de la que se presentaba hace apenas cincuenta años. Paradójicamente, si hace cinco décadas nos encontrábamos ante un *corpus* bien nutrido y documentado de ensayos, muchos de ellos dedicados a la identidad latinoamericana, en contraste con un muy magro conjunto de estudios críticos sobre el género, hoy la situación ha cambiado. Por una parte, el ensayo ha alcanzado una sorprendente expansión, y ha llegado a ser, como lo previó Alfonso Reyes, uno de los principales géneros de nuestra época. En esta segunda mitad de siglo XX signada por la teoría y la crítica, han proliferado también interpretaciones del género.

Pero, como ha dicho un estudioso francés a propósito de la estética, actualmente nos encontramos ante una paradójica situación: exceso a la vez que ausencia de teoría y de crítica. Porque, si por una parte la producción teórica y crítica ha crecido exponencialmente, por la otra, confirmando los presagios pesimistas de intelectuales como Said o Bourdieu, que denuncian el alejamiento de la teoría y la práctica, son tantos los nuevos fenómenos, las nuevas manifestaciones, que urge ahora consignarlas, mapearlas, interpretarlas y volver a contar con imágenes de conjunto, como las que nos deparaban las antologías nacionales, continentales, históricas o temáticas (por ejemplo, José Luis Martínez para México, Alberto Zum Felde, José Miguel Oviedo o John Skirius para América Latina).

DOSSIER

El descubrimiento de la desproporción entre la inmensa producción ensayística latinoamericana y la falta de herramientas suficientes para abordarla me condujo por mi parte a repensar el modo de acercarnos al género y, por empezar, a insistir en la necesidad de recuperar el carácter profundamente ético —nunca neutral y siempre ligado a los valores— del ensayo, contra lo que opinan varias tendencias formalistas y escrituralistas.

En segundo lugar, considero imperiosa la necesidad de entender los diversos momentos de articulación del ensayo, desde el acontecimiento y la experiencia íntima del escritor hasta su inscripción en el lenguaje como sentido compartido con su comunidad y su articulación además en varios campos con autonomía relativa (el ensayo literario, el ensayo de las ciencias sociales etc.), cuya propia lectura nos da la clave para su comprensión y descodificación (Weinberg, L., 2001).

He insistido también en la necesidad de estudiar el ensayo como sistema complejo y dinámico, capaz de poner en juego conceptos, imágenes, metáforas, símbolos, ya que su lectura nos remite una y otra vez, para una mejor comprensión de su sentido, a su contexto social de producción. Pero por otra parte, en cuanto *poética del pensar*, el ensayo conduce a la vez a un complejo imaginario que con todos estos elementos reinterpretados construye un mundo con su propia legalidad (una cierta forma de ver el mundo, una cierta periodización, una cierta organización del espacio y la subjetividad, por ejemplo).

Se debate el ensayo —como dicen los versos de Martí— entre la patria diurna y la noche; entre la sociedad estratificada y la voluntad de encontrar la comunidad de sentido perdida; entre la inscripción, a través de una retórica, un idiolecto y un particular uso de términos, en un campo específico (el intelectual, el artístico, el profesional) y el interés por ser leído y entendido más allá de las fronteras disciplinarias; entre la palabra para pocos y la palabra para todos; entre la lengua privada y la lengua pública. Ernesto Sábato se refirió a ello en *Uno y el universo*: yo y nosotros, lo particular y lo universal. Pero también tensión entre transparencia y opacidad, esto es, entre un texto que nos ofrece su representación del mundo y un texto que nos invita a observar su propio universo con su propia legalidad, ya que el ensayo es un tipo de texto que apunta a la vez al mundo interpretado y a la mirada que interpreta ese mundo. Como dijo Lukács a la manera kantiana, el ensayo es un enlace entre lo particular y lo universal.

Si preocupante es nuestro futuro como región (¿estaremos condenados a convertirnos en maquiladores y consumidores y a seguir expulsando o malbaratando nuestra inteligencia crítica?), no parece tan alarmante el futuro del ensayo, dedicado siempre a entender la realidad, integrar nuevas síntesis, problematizar temas y tematizar problemas. Porque existe, ciertamente, un *plus*, un desfase entre lo que sí alcanzó, aunque sea de manera incompleta, nuestro proceso modernizador: aún hay educación, racionalidad, ideas, creatividad, imaginación; aún hay lectores y ciudadanos; aún hay sentidores y entendedores inquietos, sensibles, inclementes, críticos y autocríticos. Y a pesar de que avancen estos complejos procesos desarticuladores, desterritorializadores, fragmentadores, que el boliviano Guillermo Mariaca Iturri denominó “nomadismos posmodernos que lo desterritorializan todo sin cesar borrando las subordinaciones y desdibujando las desigualdades”, que nos obliguen a las soluciones egoístas del sálvese quien pueda, trabaje quien pueda y coma quien pueda, y

al "nomadismo" existencial, América Latina se seguirá caracterizando por dar al mundo su inteligencia y su vocación incluyente. Así, tal vez no esté lejano el día en que el ensayo descubra, como una vez lo hizo una gran novela, nuestro Macondo. ¿Es posible lograr esta meta planteada por Luis Cardoza y Aragón, consistente en que logre radicalmente América Latina *descolonizar la imaginación*?

Bibliografía

- Aira, César. "Dos notas sobre Moby Dick". *El País*, suplemento *Babelia*, Madrid, 2001.
- Bartra, Roger. *La jaula de la melancolía; identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo, 1987.
- Borges, Jorge Luis. *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Emecé, 1960.
- Cortázar, Julio. *Obra crítica*. Edición de Saúl Yurkievich, Jaime Alazraki y Saúl Sosnowski. Buenos Aires: Alfagura, 1994.
- Elizondo, Salvador. *Teoría del infierno y otros ensayos*. México: El Colegio Nacional / El Equilibrista, 1992.
- Favre, Henri. *L'Amérique Latine en exposé pour comprendre: un essai pour réfléchir*. París: Flemmarion, 1998.
- Fuentes, Carlos. *El espejo enterrado*. México: FCE, 1992.
- Grüner, Eduardo. *Un género culpable; la práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Rosario: Homo Sapiens, 1992.
- Huyssens, Andreas. *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*. Trad. Pablo Gianera. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, [1986] 2002.
- Mignolo, Walter. "Discurso ensayístico y tipología textual". En: Isaac Lévy y Juan Loveluck (eds.). *El ensayo hispánico*. Columbia: University of South Carolina, 1984.
- Mignolo, Walter. *Teoría del texto e interpretación de textos*. México: UNAM, 1986.
- Ortiz, Renato. "América Latina: de la modernidad incompleta a la modernidad-mundo". *Nueva Sociedad*, n. 166, marzo-abril, Caracas, 2000.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. 1949. México: FCE, 1959.
- Paz, Octavio. *El arco y la lira*. 1956. México: FCE, 1967.
- Picón Salas, Mariano. *De la conquista a la independencia: tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. México: FCE, 1965.
- Piera, Carlos. "La conveniencia de la prosa". *Revista de Occidente*, n. 116, Madrid, 1991.
- Piglia, Ricardo y Bolaño, Roberto. "Extranjeros del Cono Sur: conversación entre Ricardo Piglia y Robertol Bolaño". *Babelia*, n. 484, 3 de mayo de 2001, Madrid, *El País*, 2001.
- Reyes, Alfonso. *Obras completas de Alfonso Reyes*. México: FCE, 1959.
- Saer, Juan José. *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Saer, Juan José. "La cuestión de la prosa". En: *La narración objeto*. Buenos Aires: Planeta / Seix Barral, 1999.
- Said, Edward. *The World, the Text and the Critic*. Cambridge: Harvard University Press, 1984.
- Segovia, Tomás. *Resistencia: ensayos y notas, 1997-2000*. México: Ediciones sin nombre-UNAM, 2000.
- Schwarz, Roberto. "Las ideas fuera de lugar". En: *Ao vencedor das batatas*. São Paulo: Livraria Duas Cidades, 1977.
- Terrase, Jean. *Rhétorique de l'essai littéraire*. Montreal: Les Presses de l'Université du Québec, 1977.
- Weinberg, Gregorio. *El libro en la cultura latinoamericana*. México: FCE, 2006.
- Weinberg, Liliana. *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México: UNAM-FCE, 2001.

DOSSIER

Weinberg, Liliana. 2004. "Ensayo e identidad. Dos términos en correlación". En: Patricia Cabrera López (ed.). *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina*. México: CIIICH, UNAM-Plaza y Valdés.

Weinberg, Liliana. "El ensayo en tierra firme". En: *Situación del ensayo*. México: CCyDEL-UNAM, 2006a.

Weinberg, Liliana. "El género sin orillas". *Descritura*, N° 22, diciembre de 2006, México, 2006b.

Zalamea, Fernando. *Ariel y Arisbe; evolución y evaluación del concepto de América Latina en el siglo XX: una visión crítica desde la lógica contemporánea y la arquitectónica pragmática de C. S. Peirce*. Santafé de Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2000.